

LA CÓMPLICE

AUTOR: HUGO EDUARDO DIAZ.

www.hugoeduardodiaz.com y “www.hugoeduardodiaz.cl”

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL N° 151.550.

SANTIAGO DE CHILE. UNO DE ENERO DE 2005.

“La venganza de don Francisco” es el título del libro de cuentos del escritor chileno Hugo Eduardo Díaz. Esta obra es una selección de cuatro cuentos: “La venganza de don Francisco”, “La cómplice”, “El suplantador ingenuo” y “Héroes sin nombres”.

“LA CÓMPLICE”

Soy gringa y estoy orgullosa de serlo. Nací allá en ese gran odiado y también querido, por algunos, país del Norte de América. En mi juventud, siendo aún virgen, jamás aún tocada por nadie, fui poseída por primera vez por un compatriota gordiflón, mal oliente y colorín. Era dueño de una carnicería, expendedor de carne de porcino y también de cecinas olorosas.

Aprendí de él la vida rústica, plana e interesada de estos seres que engordan y se hacen ricos especulando con el hambre y la necesidad de la gente. Este hombre me utilizó de la más vil manera durante mis años de mocedad.

Cansada, agotada de tantos abusos y esclavitud, de trabajo incesante, surgió lentamente la idea de ser tocada, acariciada por otras manos. El deseo vehemente de abandonar este cuchitril y a este ogro me estaba agobiando y torturando.

Ansiaba ardientemente ser gozada por otro dueño, por alguien comprensivo, gentil y cariñoso. Y lo logré.

Un día cualquiera fingí estar enferma, me descompuse. Me negué a sus caprichos. Cansado el carnicero de mi lento desempeño, poco a poco se

“La cómplice”, es un cuento incluido en el libro “La venganza de don Francisco” del escritor chileno Hugo Eduardo Díaz. “www.hugoeduardodiaz.com” y “www.hugoeduardodiaz.cl”.

fue alejando de mí, hasta cuando fui reemplazada por una rival, hermosa, joven, brillante. No sufrí. Yo creé esta feliz situación.

Fui abandonada y luego entregada como un ser inservible a un sujeto desconocido, quien creyéndome aquejada de una enfermedad, me envió a un lugar donde desperté muy asustada al día siguiente. Estaba en un hospital. Sometida a exámenes y revisiones, pronto me sentí rejuvenecida, limpia, flamante y bien lubricada.

Mi nuevo propietario era un señor narigón, un gran señor panzón y de voz chillona. Él era un gran amante. Me acariciaba cada día y todos los días. Viví con él intensamente. Él conocía toda mi intimidad y yo su corazón y mente. Bellos poemas y poesías surgieron de mis entrañas y del pensar y sentir de este caballero de la sensibilidad.

Era un joven poeta viajando por el mundo en su trabajo consular, suspirando siempre durante esos largos años por su amado y casi reciente fundado pueblo de Temuco, la tierra por fin arrebatada a sangre y espada a los soberbios araucanos. Aún recuerdo la sensación de la humedad de sus lágrimas mojando mi cuerpo cuando emocionado creaba sus afamados poemas a la cebolla, al caldillo de congrio, a la lluvia del Sur de Chile, a las nieves eternas de los Andes; al hambre, sufrimiento y explotación de los trabajadores de su patria y del mundo; loas y odas al amor, a la solidaridad y también versos como cuchillos contra las masacres y matanzas de obreros ocurridas en el Norte de su país. Era un hombre bueno y vividor. Lo confieso, porque él en un gesto de niño travieso, así lo ha cantado al mundo entero. En fin, era un poeta que hacía hablar y llorar a las piedras, a los ríos, a las cumbres de los cerros, a los pobres y a los ricos y también a los ahora sometidos mapuches, dueños hasta hace algunos pocos años antes, de esos bosques, lagos, valles, vergeles y montañas.

Todos estos escritos, con el tiempo, con el paso de los años lo hicieron laureado y famoso. Sus galardones y aplausos son de él y yo la ignorada, no existo, como siempre ha sucedido. El gran poeta, engreído y

“La cómplice”, es un cuento incluido en el libro “La venganza de don Francisco” del escritor chileno Hugo Eduardo Diaz. “ www.hugoeduardodiaz.com” y “ www.hugoeduardodiaz.cl”.

también mal agradecido, y yo, ya vieja y maltrecha, aunque aún muy erguida y activa, me cedió a un apasionado compinche de él.

Aunque lo extraño, no me quejo. Ahora a pesar de mis años de correrías, recién encontré a mi último amor y dueño. Es un hombre de ademanes toscos, rudos, casi rústico, pero de corazón de oro. Él está en la eterna lucha de todos los pobres del mundo y yo su cómplice, su aliada, su confidente. Fogosos escritos llevan impresa mis huellas digitales. Poemas como flechas dirigidas al corazón de los poderes opresores están marcados con mi identidad. He sido famosa. Me han perseguido astutos policías de gobiernos dictatoriales, pero nunca han logrado encadenarme. Sigo libre, aunque ahora viuda de mi dueño, hace algunos años detenido, torturado y asesinado por rebelde consumado.

¡Han pasado tantos años! Ahora a mis ochenta y tantos años, aún muy bien lubricada, seguramente envidia de muchas, descanso cómodamente. Sin ya pretensiones, vivo mis últimos años recordando mi agitada vida de amante de avezados revolucionarios, casi todos ya muertos anónimamente, desconocidos, innombrados, tal como es la historia fabricada.

Algunos de mis recuerdos son emocionantes y otros dolorosos. Algún día los narraré, si mi memoria no me abandona y la muerte no me lleva.

Ojalá que algo se acuerden de mí. Les recuerdo que yo soy gringa, muy viajada y corrida. Soy una vieja, pero lúcida. Hace muchísimos años que me trajeron a Chile. Ahora, se podría decir que estoy nacionalizada.

Hablo como chilena, con todos sus modismos e incluso he adquirido sus hábitos y costumbres. Hace bastante tiempo que vivo sola, abandonada, sin hacer nada, excepto el pensar y recordar. El aislamiento que sufro, propio quizás de la gran mayoría de las pobres viejas del mundo, me obliga a entretenerme con mis pensamientos y hechos que surgen a mi mente en mis largas noches de soledad. Por mi vejez estoy fuera de uso, no

“La cómplice”, es un cuento incluido en el libro “La venganza de don Francisco” del escritor chileno Hugo Eduardo Díaz. “ www.hugoeduardodiaz.com” y “ www.hugoeduardodiaz.cl”.

atraigo a nadie, ni siquiera a los viejos, que de vez en cuando me miran, pero se alejan de mí, causándome esto un gran dolor. Me desechan, ignorando que aún a mis años, y pese al gran uso a que he sido sometida, aún estoy activa y lista para darle gusto a cualquiera que quiera acariciarme como a mí me gusta. En fin, así han hecho la vida y hay que vivirla hasta el final, y éste, en mi caso, está ya muy cerca. A pesar de todo, siento a veces pasar una vertiginosa ráfaga de felicidad, por decirlo así, al percatarme que he sido privilegiada, al tener mi cerebro sano y funcionando sin fallas, pues mi memoria recorre sin dificultad hechos, acontecimientos y emociones, vividos y observados durante toda mi vida transcurrida.

Al recordar todo esto, a veces me sonrío, otras me entristezco, muchas veces hasta lloro ya de pena o de gozo. Quizás pueda ser tildada de retrógrada, pero quisiera ser fiel a mis hidalguías, blasones y linajes, ya que mis ascendientes han sido fieles amantes y cómplices de los más famosos poetas, escritores y científicos del mundo. Casi todos han recordado con gran benemérito a mi larga y antigua ascendencia extranjera, Made in USA. Debido a esto es que creo que debo hacer algo para dejar constancia de mis andanzas y quehaceres, antes que mi vida se apague para siempre y no defraudar a quienes me dieron mi nombre y mi lanzaron al mundo en que he vivido. En estos momentos de remembranzas está surgiendo en mi mente un suceso que marcó mi larga existencia.

Hace algunos años, cuando el mundo empezó a inundarse de mortales rivales, de barbycomputers siliconadas, me desplazaron no solamente a mí sino que a todas nosotras a las buhardillas de trastos viejos.

De pronto me vi expuesta con mi elegante y añeja presencia en un negocio de compra venta de objetos usados. En esta situación soporté esta falta de respeto y discriminación durante un tiempo, hasta cuando un posible príncipe azul se detuvo frente a mí. Me miró embelesado. Le gusté a primera vista. Yo lucía hermosa. Sin regateo, preguntó el precio y me llevó feliz en sus brazos.

“La cómplice”, es un cuento incluido en el libro “La venganza de don Francisco” del escritor chileno Hugo Eduardo Díaz. “ www.hugoeduardodiaz.com” y “ www.hugoeduardodiaz.cl”.

Quisiera acudir en ayuda al espíritu de mi gran amor, mi dueño ya fallecido, el mundialmente laureado poeta, el de las odas al caldillo de congrio y a los quehaceres simples de las gentes, para que hiciera brotar de mi boca palabras fragantes y bellas, para referir la inmensa felicidad que estaba recorriendo mis entrañas al sentir mi cuerpo envejecido el calor joven de los brazos amorosos de un joven y además hermoso.

Llegamos a su habitación. Era un hombre pobre. Un catre, una vieja cómoda, un velador, una mesa y una silla era todo el mobiliario. Libros y revistas dispersos eran los adornos que cubrían parte del piso. Sentí mucha pena al recorrer mi vista por tan desolador espectáculo.

Ese primer día solamente me contempló, aunque en momentos posó suavemente sus manos sobre mí. Me probó por escasos minutos. Estoy segura que le agradaron mis movimientos silenciosos. Luego me cubrió con gran cuidado.

Al día siguiente por primera vez nos miramos frente a frente, de cerca. Él estaba mirándome fijamente, sentado, con sus dedos puestos sobre mí. Yo esperaba anhelante el inicio de nuestras relaciones. Esperé largo rato. Pero nada. Él seguía con la vista perdida, pero con sus ojos puestos en mí. Estaba pensando. Quizás buscando en sus recónditos escondites de su mente la idea con la cual comenzar nuestro diálogo. Pero nada sucedió. Su rostro angustiado me asustó. Tuve miedo de sus reacciones. Temía una golphiza. No obstante mi temor, pude captar el sufrimiento de este hombre que se esforzaba por hacerme gozar con hermosos poemas, con frases bellas, quizás jamás antes dichas. Por fin se atrevió.

-¡Qué decepción tan grande se apoderó de mí! Con sus palabras casi toscas, no sentí nada. ¡Absolutamente nada! En este momento tan desagradable, mi ser voló a evocar a mi gran poeta y amante, ya muerto y yaciendo cubierto de hermosos epitafios llegados del mundo entero.

Y así, padeciendo día a día, soporté este suplicio. Mi pretendido príncipe azul no era tal. Era solamente una apariencia. Confiada en que con un poco de paciencia, este amante juvenil y lleno de vigor, me hiciera rejuvenecer y sentir, quizá por última vez en mi vida, el placer de sentirme inspiradora de sublimes palabras, me dispuse a esperar pacientemente. Vano intento. Seguí siendo casi ofendida con rústicas palabras, insípidas, desagradables, sin sentido.

Cierto día, casi fatídico, mi pobre nuevo amante, sentado como siempre frente a mí, con semblante duro, tirante, me observaba furiosamente, quizás culpándome de su impotencia. Yo también estaba realmente encolerizada. ¡Qué desfachatez más grande!

Violentamente se levantó de su asiento, cogió unas píldoras de un frasco y las tragó. Se paseó como un demente por la pieza. Yo lo miraba muy asustada. Después de un rato nuevamente se sentó. Me tocó e iniciamos una relación. Pero nada. Como siempre. Todo banal, vulgar, sin valor. ¡Que desgracia! El rostro de este falso príncipe poco a poco se estaba desfigurando, el sudor de su cara brillaba, su mirada atemorizaba.

Bruscamente va en busca de una botella de licor. Bebe largamente de ella, mientras se acomoda a mi lado. Yo lo observo y trato de penetrar en su mente confusa. Sentí una gran compasión por este joven con deseos de ser poeta del amor. Yo sabía por experiencia y por lo aprendido durante el largo amorío que tuve el honor de mantener con el más grande vate del país y uno de los más galardonados del mundo, que esta facultad es sólo privilegio de algunos que nacen con esas dotes. Imitarlos es un fracaso.

Así permaneció largo rato mirándome, con su mente ausente, a lo mejor maldiciendo su vida. Como un reflejo de supervivencia, cerré los ojos. ¡Tenía tanto miedo! De pronto percibí un gran estampido y sentí mi cuerpo recorrido por un líquido caliente, espeso y un cuerpo aplastándome.

Largo tiempo perduró en mí una especie de sentimiento de culpa y he tenido que hacer un gran esfuerzo para poder olvidar el suicidio de mi más trágico y dramático amante.

La vida es así y así ha sido planificada, quizá inconsciente y probablemente por Dios, como afirma la mayoría de la gente, pero el asunto es que yo en mi longeva vida he aprendido a soportar pacientemente mi destino.

Después de la tragedia del suicidio de mi último amante, sentí la soledad y el aislamiento. Después de pasar largo tiempo arrinconada al armario de un juzgado, lugar de casi reclusión ordenado por el juez por ser yo una evidencia de la muerte de mi reciente poseedor, fui denigrada al ser expuesta a libre subasta, con etiqueta y todo, como si yo fuese una esclava. En unos mesones polvorientos estaba yo exhibiendo mi humanidad a la vista de todo el mundo.

Fue una verdadera tortura tolerar el manoseo de decenas de manos extrañas, algunas de olor bastante desagradables, que me tocaban groseramente, probando tal vez mi funcionamiento. Varias veces padecí ataques de vergüenza al sentir mis extrañas examinadas por dedos inexpertos y profanos. Con el inicio del remate, comienza también el periodo más amargo de mi larga estadía por este mundo. Considerada ya un vejestorio, de mente anacrónica y dinosauria, fuera de época y retrógrada, en fin una antigüedad en desuso, fui adquirida por un tipo cuya presencia emanaba ese algo que me hacía intuir que mi vida iba a caer casi en lo que llaman algunos los bajos fondos, en la bajeza, en la miseria, quizás junto a pordioseros y vagabundos. Una vez finalizada la subasta y de haber atravesado la ciudad montada en un viejo carretón tirado por mi nuevo propietario, llegamos casi al anochecer a un tenebroso barrio marginal. Esa noche infernal para mí, no pude dormir por la angustia de no saber lo que vería al día siguiente.

-Mira la preciosura que rematé ayer... Está impecable... Claro que es del año del ñauca, pero funciona... La vamos a dejar en la casa, no la voy a

“La cómplice”, es un cuento incluido en el libro “La venganza de don Francisco” del escritor chileno Hugo Eduardo Díaz. “ www.hugoeduardodiaz.com” y “ www.hugoeduardodiaz.cl”.

vender... Pueda ser que el Jorge ponga sus cosas en esta belleza - comentaba el viejo del carretón- mientras se acomodaba en su silla rodeado por una media docenas de hijos y de su mujer.

-Tómame luego el desayuno, viejo, después hablamos sobre ésa que trajiste. No creo que alguien se interese por ella. Los hombres ahora gastan su plata en videos porno o computadores, aunque sean viejos y pasados de moda. Yo no sé pa qué miéchica la trajiste... Le interrumpió la mujer, malhumorada.

Pasé todo ese día descansando sobre una vieja mesa. El viejo del carretón cargó el vehículo con un montón de cachivaches usados e hizo su tradicional recorrido hacia el lugar donde se instalaba a ofrecer su mercadería, una especie de mercado de las pulgas.

Pronto pude constatar que la familia del viejo del carretón era lo que se llama marginal, pero ésta era además de pobre, decente y de buenas costumbres, o sea, no robaban, no traficaban en drogas, aceptaban los mandamientos divinos y los otros, los de los hombres e instituciones, dueños de todo.

En la noche, mientras todos dormían, sentí pasos. Una persona se acercó. Me observaba. Era el hijo mayor del viejo del carretón. Era el oveja negra de la familia, el rebelde, el que se negaba a ir a misa; el que aún tenía estampada en su mente la visión de militares maltratando, insultando y apresando a la gente de la población hacía algunos años pasados. Había crecido siendo testigo de hechos trágicos, ignorados y negados inicialmente, pero con el paso de los años, comprobados y algunos de lo criminales apresados, juzgados y condenados, pero tratados con mucha misericordia y suavidad. Los jóvenes del barrio, todos masticando sus recuerdos amargos de persecución y sufriendo aún las falsas promesas y la manipulación, en las noches y en las esquinas vomitaban sus rabias y resentimiento, al verse sin esperanzas y trancadas las vías hacia un futuro mejor.

Algunos sucumbieron en el alcohol, los menos fueron atrapados en la droga y la gran mayoría se empeñaba en demostrar sus verdades mediante diferentes modalidades: algunos formando conjunto musicales; otros, conjuntos de baile hip-hop; otros inventando las letras protestatarias; otros creando dibujos murales, etc.

Jorge, que así se llamaba el resentido, se detuvo frente a mí. Me miraba con curiosidad. Yo también. No me asusté con su presencia, no obstante vestir unos inmensos pantalones, ridículamente anchos, aros en ambas orejas, un tatuaje en cada brazo y el cabello en punta como clavos.

Los años de vida por este mundo algo me han enseñado. Intuí, a pesar de su presencia, que este joven era un muchacho de buenos sentimientos y no me desesperé cuando trató de tocarme. Me estaba probando y yo traté de complacerlo. Capté su sonrisa, cuando sintió que todo mi cuerpo trabajaba suavemente.

Después de contemplarme durante algunos minutos, me tapó cuidadosamente y se alejó silbando alegremente.

Con el paso del tiempo, todo el prejuicioso temor inicial se transformó en una inmensa y feliz realización de mis aspiraciones, nacidas éstas desde cuando el famoso poeta del caldillo de congrio me hizo conocer la belleza de ser útil a las esperanzas de los oprimidos y pobres del mundo. El muchacho enceguecido en su afán de expresar los sentimientos de sus semejantes me hizo parir cientos de poemas modernos, en forma de hachas, hirientes, algunos insolentes y cantados todos por los más afamados conjuntos musicales de hip-hop. Me hice famosa entre la muchedumbre de jóvenes amigos de Jorge. Como una guerrillera pasaba de mano en mano. Durante este tiempo nuevamente rejuvenecí. Me sentía como una verdadera pandillera juvenil, pero luchando por la paz y la justicia social, de una forma diferente y agradable, aunque no exenta de peligros y de incesantes hostigamientos de la policía.

Cierto día en que estaban todos los miembros de los diferentes grupos de hip-hop reunidos planeando una ofensiva artística por todos los barrios de la ciudad y yo en el centro como una reina venerada y respetada, siento un ajetreo y movimiento afuera del lugar donde estábamos alegremente organizando nuestras actividades, cuando ingresan violentamente miembros de la policía, con cascos, chalecos antibalas, garrotes, pistolas y metralletas en ristre. Después de empujones, patadas, golpes e insultos de todos los calibres, sacaron hacia la calle a algunos de mis compatriotas y los hicieron subir a los enrejados buses verdosos de la policía. Jorge, reconocido como un verdadero líder del grupo artístico, opuso tenaz resistencia cuando un corpulento guardián del orden y otros secuaces, comenzaron a poner en práctica la operación destrozo. Volaban por los aires tarros de pinturas, brochas, pinceles, tambores, papeles, etc. Jorge en un momento de descuido se abalanza sobre mí para protegerme de un poderoso bototo que se aprestaba a aplastarme, quizás pensando el infeliz agresor que yo era la instigadora del idealismo libertario de estos jóvenes. Aunque pareciera increíble, en esos momentos de extremo peligro de mi existencia, fui presa de un sentimiento de superioridad, casi de heroísmo espartano, al sentir pasar como una centella por mi mente, el recuerdo de mi revolucionario poeta, el del caldillo de congrio, el que me dio el primer empujón hacia mi primer atisbo de justicia social, pero gozando él, entre poemas y poesías, de las comodidades y placeres de la buena mesa. Imaginaba a mi poeta yaciendo en su mausoleo, cuajado de laureles puestos por sus amigos, los pobres y ricos del mundo, asombrado, casi asustado, por los sospechosos honores y aplausos que le rendían sus antes temibles enemigos. Fueron instantes en que fui poseída por un glorioso orgullo de estar ahí, padeciendo con estos jóvenes pobres de este maltratado mundo, luchando por una vida mejor.

Jorge, como un soldado dispuesto a todo, antes que la bota militar terminara con mis pensamientos bruscamente, se abalanza sobre mí para cubrirme y protegerme de tan asesina acción. Pasaron largos minutos y sentía el cuerpo de Jorge inerte sobre mi humanidad. No se movía. Pensé

en lo peor, mientras escuchaba los vozarrones de los guardianes de la tranquilidad ciudadana:

-¡Levanta a ese huevón!... Parece que está herido -ordenó el hombrón que hacía de jefe de la horda.

-Parece que este pelota, está loco...

-¡Exponer la vida por una vieja -opinó otro, al constatar que el muchacho tendido y cubriendo con su cuerpo la negra figura de la reina de los subversivos con causa justa, estaba muerto.

Al escuchar el trato que me daban estos bribones, no pude contener que mis entrañas mudas infringieran mi recatado hablar, propio por lo demás de la pulcritud de mi poeta, el del caldillo de congrio, y clamara una docena de palabrotas que haría enrojecer con razón a todos los señores del buen decir.

Casi ahogada por el peso del cuerpo de Jorge, uno más de los millones de héroes anónimos que luchan por la paz y sus pueblos, yo pensaba en mis últimos momentos de vida, inmolarme y morir como si fuera un solitario rito, a semejanza de la última gran batalla que el 5 de Noviembre de 1881, los mapuches de Chile, unidos todos sus caciques, obviando diferencias tribales, clavaron al unísono sus lanzas en el suelo como un juramento y se aprestaron a luchar, a morir y a ser derrotados por las poderosas huestes chilenas, vencedoras de peruanos y bolivianos en el Norte, como si este último suicidio masivo de los siempre libertarios araucanos fuera un respetuoso ritual a sus glorias ancestrales, a su orgullosa y centenaria lucha por defender su tierra, su raza, su estirpe. Ese día, el ejército chileno, el más poderoso de América, vencedor en Chorrillos y Miraflores, de vuelta victorioso de Lima, siguieron rumbo hacia la tierra de las sagradas araucarias para borrar la frontera que cortaba el territorio en dos e impuesta por los indómitos desde hacía casi cuatro siglos. Bien pertrechados, equipados con moderno armamento, concertados y dispuesto a conquistar La Araucanía, marchó esta tropa al

“La cómplice”, es un cuento incluido en el libro “La venganza de don Francisco” del escritor chileno Hugo Eduardo Diaz. “ www.hugoeduardodiaz.com” y “ www.hugoeduardodiaz.cl”.

mando de los héroes de la Guerra del Pacífico, generales, coroneles, capitanes y sargentos, a someter, exterminar, esclavizar y concretar lo que nunca pudo hacer el español. El pueblo araucano luchó por última vez en su historia con lanzas y boleadoras contra los avezados soldados chilenos, como lo han hecho siempre, a pecho desnudo, chorreando sangre, mordiendo la tierra. Fueron derrotados, pero jamás vencidos.

Hoy como ayer, como ellos y como millones antes, sucumbí yo murmurando vivas a los pobres y humillados del mundo, mientras era aplastada, violada, pateada, descuartizada y mis partes diseminadas a los cuatro puntos cardinales.

-¡Ah, me olvidaba decirles... Mi nombre es “Underword 1920” y soy una vieja máquina de escribir portátil.